

**Alessandro PANDOLFI, *Naturaleza humana. Léxico de política*, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires, trad. de Heber Cardoso, 2007, 220 pp.**

GREGORIO SARAVIA  
*Universidad Carlos III de Madrid*

**Palabras Clave:** naturaleza humana, legitimación, Estado, biopolítica  
**Key Words:** human nature, legitimation, State, biopolitics

A lo largo de la historia, los filósofos, los teólogos, los antropólogos, los pensadores en general han discrepado acerca del concepto de naturaleza humana. La reflexión acerca de los fines que posee la naturaleza humana, del tipo y grado de control sobre el mundo externo que se necesita para cumplir con estos fines, la pregunta, incluso, sobre su misma existencia son cuestiones que han estado presentes desde la Antigüedad clásica y se extienden hasta nuestros días.

Las ideas que se tengan de la naturaleza humana y de sus fines presentan una íntima conexión con la política debido a que las filosofías políticas funcionan y se construyen a partir de una serie de modelos antropológicos. Éstos son cognoscibles pero no son inmutables ya que varían según las épocas, los autores y las disciplinas desde las cuales se los enuncia.

Estas dos premisas –relación entre política y modelo antropológico, y variación de esta relación por diferentes factores– están bien presentes en la obra *Naturaleza humana*. En ella, Alessandro Pandolfi propone un recorrido por las distintas etapas del pensamiento político occidental –Grecia, Roma, el Cristianismo, la Edad Moderna y la Contemporánea– en la búsqueda de lo que late en el interior de las mismas: un determinado discurso sobre el hombre y su naturaleza. En este sentido, la obra del profesor italiano pareciera seguir la huella del trabajo realizado por Leslie Stevenson, a mediados de la década de 1970, y por Roger Trigg, una década



más tarde, en torno a las teorías de la naturaleza humana desde una perspectiva histórica<sup>1</sup>.

Realizado este comentario general sobre las cuestiones más relevantes que trata la obra, es menester mencionar los temas específicos de cada uno de sus capítulos.

La *Introducción* plantea la conexión fundamental entre la política y la reflexión sobre la naturaleza humana, además de hacer un breve resumen de los contenidos principales que desarrolla el autor. Esta conexión opera como el punto de partida y recuerda lo afirmado por Isaiah Berlin, en su ensayo *El Nacimiento del Individualismo Griego*, respecto que uno de los pilares sobre los que asienta la teoría política occidental es la afirmación de que “existen determinados atributos que sólo pertenecen al hombre en cuanto tal, por ejemplo, la capacidad de pensamiento y comunicación; porque una criatura que no piensa o no se comunica no puede llamarse hombre. La comunicación es por definición una relación con otros, y por tanto la relación con otros hombres de forma sistemática no es un mero hecho contingente en relación a los hombres, sino parte de la definición de los hombres como especie”<sup>2</sup>. Este presupuesto enunciado por Berlin, sujeto a un continuo debate y reformulación, es el objeto principal de estudio en *Naturaleza humana* en cuanto que se ocupa de enunciar las formas en que el pensamiento ha determinado aquellos atributos que serían esenciales en la definición de la naturaleza humana.

Ahora bien, la determinación de estos atributos no es pacífica ni fruto de la unanimidad. Por el contrario, en diferentes épocas –o incluso durante una misma época– se han visto enfrentadas diferentes concepciones, a menudo contradictorias entre sí, acerca del hombre. Estas concepciones, a su vez, han cumplido una función legitimadora respecto a las diferentes formas de fundamentar el poder del Estado<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Me refiero a L. STEVENSON, *Siete teorías de la naturaleza humana*, [1974], trad. Elena Ibáñez, Ediciones Cátedra, Madrid, 1978 y a L. STEVENSON y D. L. HABERMAN, *Diez teorías sobre la naturaleza humana*, trad. Elisa Lucena, Ediciones Cátedra, Madrid, 2006. También a R. TRIGG, *Concepciones de la naturaleza humana. Una introducción histórica*, [1988], trad. Guillermo Villaverde López, Alianza Editorial, Madrid, 2001. Sin embargo, no deben dejarse de lado las diferencias que existen entre las obras mencionadas y la de Pandolfi en cuanto al elenco de autores seleccionados para su estudio.

<sup>2</sup> Véase I. BERLIN, “El Nacimiento del Individualismo Griego”, en *Sobre la Libertad*, Edición de Henry Hardy, trad. Ángel Rivero, Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 331.

<sup>3</sup> Como ejemplo de ello, se puede afirmar que un filósofo como Thomas Hobbes –al cual Pandolfi dedica una parte importante del Capítulo III de *Naturaleza humana*– defiende la



El Capítulo primero está dedicado a la Antigüedad Grecorromana y a lo que el autor denomina *los orígenes del discurso sobre el hombre*. Se resalta la influencia de Homero, a través de *La Ilíada* y *La Odisea*, en la transformación de las relaciones que unen a los dioses con los humanos y a éstos con la naturaleza. La relación de los hombres con lo divino estará dominada por el destino y dará origen al sentido de culpa. Experiencias religiosas heterodoxas, tales como el orfismo y el dionisismo, inciden también en la relación entre lo humano y lo divino. A partir de los presocráticos lo que es propio del hombre y lo relativo al bien común se unen en un vínculo indisoluble. La tragedia clásica, de Esquilo, Eurípides y Sófocles, sirve para dar cuenta del momento crucial que atraviesa la *polis* griega en el siglo V a.C. Los sofistas, como nuevos educadores en la *polis*, sentarán las bases de la importancia de la función pedagógica y la capacidad de argumentar. El capítulo continúa con el estudio de la interacción entre ética, política y conocimiento en las principales obras de Platón y Aristóteles, para finalizar con un análisis a partir de estas mismas coordenadas en el pensamiento epicúreo y estoico de Cicerón, Lucrecio y Séneca. El estoicismo supondrá un giro relevante respecto de la filosofía platónica y aristotélica por cuanto identificará el fundamento antropológico con la razón. Los hombres son los únicos que la poseen y por lo tanto son los únicos que conocen el sufrimiento que provocan las pasiones.

En el segundo Capítulo se explora al Cristianismo y su vinculación con la antropología, ésta es elevada al ámbito de lo divino. Existe un punto fundamental que diferencia al cristianismo de las demás filosofías: la relación entre la trascendencia de Dios Padre y la doble naturaleza, humana y divina, del Hijo. El misterio de la encarnación coloca al cristiano frente a tres instancias diferentes: el deber de la obediencia política, la independencia de las

---

existencia de un poder soberano absoluto –un control social que reduce las libertades individuales– como única solución frente a la posibilidad de que los hombres, en el estado de naturaleza, se destruyan unos a otros siguiendo sus egoístas pasiones. Mientras que un filósofo optimista respecto a la naturaleza humana, tal como John Locke, cree que la armonía social es compatible con el establecimiento de un espacio vedado a cualquier autoridad, es decir, una defensa de la vida privada de los individuos frente a las posibles intromisiones del Estado. La distancia que existe entre concebir un poder público ilimitado, como única garantía frente a la guerra de todos contra todos, y la de concebirlo como una autoridad que debe respetar una serie de límites claramente establecidos, en beneficio de los individuos, es equiparable a la distancia que media entre el marcado pesimismo antropológico hobbesiano y el moderado optimismo lockeano.



leyes de este mundo y la subordinación ante el poder pastoral. Después de la llegada de Cristo, ningún soberano cristiano podrá pretender encarnar la conjunción de dos órdenes distintos. A través de un estudio de diferentes Epístolas de Pablo, el autor muestra que éstas no se enfrentan al ordenamiento político vigente sino, más bien, que afirman que todo ordenamiento humano deriva de Dios. Con las aportaciones de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino el hombre será entendido como parte de un conjunto más grande, la Naturaleza, en el que debe encontrar su lugar para realizar sus fines. El Estado es un producto de la *naturalis necessitas* y es regido por un rey que imita al gobierno de Dios sobre la creación y a la dirección que el alma ejerce sobre el cuerpo. Del mismo modo que en el cuerpo natural hay una fuerza intrínseca que guía la función de cada órgano y función para el bien del conjunto, en los reinos existe una fuerza directriz que orienta a las tendencias de cada uno hacia el bien común. Pandolfi pone de relieve, en la última parte del capítulo, la continuidad en la relación entre la antropología, la teología y la política que recorre al cristianismo durante la Edad Media. Una serie de dualismos disyuntivos entre cuerpo-alma, reino-poder espiritual, salvación ultraterrena y necesidad de inmanencia, irán cediendo bajo la presión ejercida por uno de los componentes y preparando el terreno para la llegada de la Reforma.

El siguiente Capítulo analiza los principales hitos del pensamiento humanista que sirvieron de base para el *giro moderno*. Éste supone la concepción de la subjetividad como una entidad autónoma e independiente del mundo entendido como objetividad. El universo será racionalizado a partir de la impresionante evolución que experimentarán las ciencias. A su vez, el descubrimiento de América afectará a las preguntas acerca de la naturaleza humana planteando importantes problemas sobre la tolerancia respecto a las formas de vida diferentes y la imposición de los valores predominantes. De ahí que los *Ensayos* de Michel de Montaigne sirvan como ejemplo del espíritu escéptico –que caracteriza en parte al Renacimiento– respecto a la existencia de un consenso universal que pueda juzgar a todos los comportamientos. En el plano político, la soberanía resultará irreducible a un origen sobrenatural. Empezará a ser vista como un dato de hecho que se asienta en fuerza fáctica y que resulta esencial para regular la convivencia entre los hombres. El mecanicismo, el materialismo, el atomismo y el naturalismo propios del siglo XVII tuvieron, según Pandolfi, un rasgo contrarrenacentista. La toma de distancia de la historia y de la autoridad de los antiguos ca-



racterizará las obras de Descartes, Hobbes, Spinoza y Locke. Las teorías políticas contractualistas, asentadas en los dispositivos metodológicos del estado de naturaleza y el contrato social, servirán de marco para un gran debate en torno a las pasiones humanas cuyo control queda en manos del Estado moderno. A comienzos del siglo XVIII se disociarán el mecanicismo y el materialismo, la materia viviente no será representada como algo inerte sino dotada de sensibilidad y libre de un mecanismo programado ya que posee una disposición intrínsecamente dinámica. El concepto de *población* se utilizará para designar al conjunto de formas de vida, costumbres y comportamientos que son objeto de conocimiento y de control. Hacia la segunda mitad del siglo, este concepto estrechará sus vínculos con el concepto biológico de especie. Existirá también un interés científico por las monstruosidades ya que serán utilizadas como principio de inteligibilidad de la ley natural, mientras que el concepto de monstruosidad se extenderá al campo moral y al jurídico. Para contrarrestar la monstruosidad que produce la *civilización*, Rousseau consideraba que era necesario volver a fundar la educación. Ésta debe valorar la autonomía de la infancia y centrarse en una restauración de la naturalidad debido a que ésta ha sido corrompida por la civilización. La última parte del capítulo da cuenta del proceso mediante el cual la Modernidad comenzará a ser vista como una patología. En este sentido, el autor considera que Marx y Nietzsche son los dos mayores filósofos del siglo XIX y los encargados de responder a la pregunta kantiana de *¿qué es el hombre?*, pero lo harán desde una perspectiva posthumanista. Tanto el comunismo como la noción nietzscheana de *superhombre* son, de alguna manera, superadoras de las concepciones antropológicas anteriores. Pandolfi también resalta las aportaciones claves de Darwin porque permiten ver la confluencia de las ciencias naturales con el discurso político. En efecto, el evolucionismo será interpretado en clave eugenésica por cuanto se entenderá que sólo los miembros de la sociedad que tuvieran las mejores chances de generar sujetos dotados y talentosos, deben reproducirse.

El cuarto y último Capítulo de la obra cubre el siglo XX, cuyos inicios estuvieron marcados, según Pandolfi, por el psicoanálisis. Se construirá una antropología con validez universal a partir de dos pilares: la prohibición del incesto y el complejo de Edipo. En un marco de profundas transformaciones en las estructuras sociales, los ordenamientos políticos y los horizontes culturales, el dinero se erige como el principal eje de las relaciones entre las personas. De la mano de Walter Benjamin y Michel Foucault, el autor anali-

za como la Humanidad va perdiendo, paulatina e inexorablemente, la facultad de tener e intercambiar experiencias. El ser humano subyugado por las técnicas de la reproducción de imágenes, es fácil presa de los aparatos de propaganda de movimientos autoritarios o totalitarios: el fascismo y el nazismo. Luego de repasar las principales características de la antropología filosófica de Helmuth Plessner, Max Scheler y Arnold Gehlen, la obra finaliza con un apartado dedicado a la biopolítica. La vida, en sentido biológico, se convierte en el centro de prácticas de poder. Al tratarse de una realidad esencialmente indeterminada, la vida es susceptible de manipulación e, incluso, reproducción en forma artificial. La reflexión final del autor entrelaza la biopolítica con la soberanía para sostener que el siglo XX hizo posible imaginar la aniquilación total de la vida sobre la tierra, sin fronteras que valgan, desde el momento en que el poder atómico y sus bombas penden como una espada de Damocles sobre todos nosotros.

En la obra de Pandolfi resuenan los ecos de aquella Epístola de Petrarca, *De suis ipsius et multis ignorantia*, que dice: “Yo me pregunto para qué sirve conocer la naturaleza de las bestias salvajes, de los pájaros, de los peces, y no saber la naturaleza del hombre, el fin para el cual hemos nacido, de dónde venimos y adónde vamos”. En este sentido, *Naturaleza humana* constituye una buena herramienta para comenzar el estudio de la naturaleza humana, sin embargo, no quiero finalizar esta reseña sin comentar lo que en mi opinión es un desacierto de la obra: pretender analizar una gran cantidad de autores y de siglos en cuatro capítulos. Semejante amplitud dificulta un análisis riguroso, genera notables omisiones y desequilibra la calidad de algunas partes en comparación con otras.

GREGORIO SARAVIA  
Universidad Carlos III de Madrid  
email: gсарavia@der-pu.uc3m.es

